

ESCRIBIR

VOCES / ENSAYO



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Marcel Proust. *Escribir. Escritos sobre arte y literatura*

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-8393-322-0

Depósito legal: M-10973-2022

IBIC: DSK

© De la traducción y prólogo: Mauro Armiño, 2022

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022

Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

MARCEL
PROUST

ESCRIBIR
ESCRITOS SOBRE ARTE Y LITERATURA

*Traducción y prólogo
de Mauro Armiño*



ÍNDICE

PRÓLOGO, por Mauro Armiño	IX
BIBLIOGRAFÍA SUCINTA.	XXII
NOTA DE EDICIÓN.	XXVII

PRIMEROS ESCRITOS

Charla literaria. Théophile Gautier ante « <i>La Revue des deux Mondes</i> ».	5
Un libro contra la elegancia. <i>Sens dessus dessous</i>	7
Mundanidad y melomanía de Bouvard y Pécuchet.	11
I. Mundanidad	11
II. Melomanía.	18
Jornadas de lectura	23
En memoria de las iglesias asesinadas	31
I. Las iglesias salvadas. Los campanarios de Caen. La catedral de Lisieux. <i>Jornadas en automóvil</i>	31

SOBRE MÚSICOS

Camille Saint-Saëns	41
[Reynaldo Hahn].	43

SOBRE PINTORES

Un <i>amateur</i> de Monet.	49
Chardin y Rembrandt	53
Watteau	67
El mundo misterioso de Gustave Moreau.	71
I. El país donde ocurren todas las cosas que pinta.	71
II. Es un Gustave Moreau	73
III. El amor de una obra de arte	79
Rembrandt.	81

SOBRE ESCRITORES

Henri de Régnier: <i>Tel qu'en songe</i> , por Henri de Régnier	91
Robert de Montesquiou. Un profesor de belleza	93

Sobre George Eliot	111
Anna de Noailles. <i>Les Éblouissements</i>	115
Lucien Daudet. <i>Le Chemin mort</i>	133
El Príncipe Antoine Bibesco	135
Sobre Goethe.	139
Sobre Baudelaire.	143
Sobre Chateaubriand.	147
Notas sobre Stendhal.	151
Tolstói	155
Jacques-Émile Blanche. Prefacio de <i>Propos de peintre</i> . .	157
Paul Morand. Prefacio a <i>Tendres Stocks</i>	177
Dostoievski	191

CICLO RUSKIN

Peregrinaciones ruskinianas en Francia	195
John Ruskin.	199

DÍAS DE LECTURA

Días de lectura.	245
--------------------------	-----

PERIODO CONTRA SAINTE-BEUVE

Sobre la inteligencia	291
El método Sainte-Beuve.	299
Sainte-Beuve y Balzac	323
<i>El personaje del señor de Guermantes</i>	351
Sainte-Beuve y Baudelaire	367
Nerval	397
Notas sobre la literatura y la crítica	409

A PROPÓSITO DE FLAUBERT. A PROPÓSITO DE BAUDELAIRE

A propósito del «estilo» de Flaubert.	419
A propósito de Baudelaire.	437

APÉNDICE	475
NOTAS	511

PRÓLOGO

Cuando en 1911 Marcel Proust da por terminada (provisionalmente) una primera dactilografía de *A la busca del tiempo perdido*, puede acercarse a un millar de páginas las que ha publicado o tiene escritas en sus cuadernos. El primero de sus artículos conocidos, «Causeries d'art dramatique», aparece a finales de noviembre de 1887 en una de las tres revistas de su Liceo Condorcet a las que aporta breves notas o artículos durante esos años de colegial. En 1892 ya se incorpora como colaborador a periódicos de mayor trascendencia (*Le Mensuel*, *Le Banquet*), hasta integrarse en 1900 en un periódico de alcance nacional como *Le Figaro*, después de pasar entre 1894 y 1899 por otros de menor tirada y prestigio como *Le Gaulois* o *La Presse*. En ese periodo inicial Proust escribe un poco de todo sobre temas relacionados con el arte, la música y la literatura, o sobre temas mundanos como «La moda», con reseñas de alguna exposición de pintura, impresiones sobre un músico, sobre un escritor, desde Camille Saint-Saëns a Alphonse Daudet, desde Monet, Chardin, Rembrandt a Gustave Moreau, cuyo reciente fallecimiento (1898) lo anima a escribir tres artículos conexos sobre los motivos que vuelven una y otra vez

en los lienzos de este pintor sobre el que se discurrirá en *Jean Santeuil* y en *A la busca del tiempo perdido*, donde uno de sus cuadros parece cobrar un papel narrativo. Son artículos de la «mundanidad», como los dos dedicados a «La moda», de elogios a amigos escritores, de un artículo político, quizás el único de Proust dedicado a un asunto concreto, polémico y candente: la ley de la separación de la Iglesia y el Estado que iba a decretar en 1905 la laicización de la sociedad francesa: para el discípulo ruskiniano que era en ese momento, suponía por parte de la sociedad civil el abandono de la secular colaboración en el mantenimiento y restauración de catedrales e iglesias, para Proust la renuncia a considerar sus edificios religiosos como lo más duradero y permanente de Francia; quince años más tarde terminará reescribiéndolo para incluirlo en *Pastiches et Mélanges*. En 1907 recoge de pasada la defensa de las pequeñas iglesias de pueblo y de una catedral en las *Jornadas en automóvil* («En Memoria de las iglesias asesinadas») pero ahora como punto de partida para unas impresiones de esa peregrinación por iglesias salvadas y campanarios que sientan el germen de fragmentos de *A la busca del tiempo perdido*: la descripción de unos campanarios que aparecen y desaparecen según la perspectiva del viajero se convertirá, sin grandes modificaciones, en el viaje del niño Narrador con el doctor Percepied con los campanarios de Martinville al fondo.

El adepto ruskiniano que visita catedrales francesas no se olvida de que su ambiente está circunscrito a una sociedad determinada; pertenece o quiere pertenecer al alto mundo de la aristocracia a la que le han llevado sus compañeros y amistades del Condorcet, y dejará en *Le Figaro* toda una serie de «salones» sobre los de las personalidades más *en vue* de la sociedad de la Belle Époque: empezando por la princesa Mathilde, que representa el espíritu de su familia napoleónica, hasta los de la princesa Edmon de Polignac, la condesa Potocka, y un etcétera

largo si contamos los salones empezados pero inconclusos sobre sus figuras y adoraciones preferidas, en especial la condesa Greffulhe, prima del poeta Robert de Montesquiou, que pareció a Proust la mujer más bella que había conocido, atrapada en un matrimonio sin presente ni futuro; pero no solo era su belleza, también su alcurnia, su afición por la música, su actividad como mecenas y, además, sus *toilettes* hechos para ella, entre otros *couturiers*, por Mariano Fortuny y Madrazo: esas características la convierten en encarnación cabal de los ambientes de aristocracia y cultura (real o aparente) del *faubourg* Saint-Germain que fueron el caldo de cultivo de un joven Proust en la última década del siglo XIX; se inserta en ese ámbito y lo contempla fascinado elogiándolo hasta la desmesura; pero ha tomado notas en su memoria y, finalmente, en *A la busca del tiempo perdido* ajustará cuentas con él haciendo una virulenta crítica de esos personajes de la más alta nobleza pero de la inteligencia más pobre que terminará dejándose absorber por lo que para ellos —el duque de Guermantes, por ejemplo— era impensable: por la burguesía de Mme. Verdurin.

Un episodio chusco, porque chusco era que todo un presidente de la compañía de diamantes más importante del mundo, la De Beers, dueña monopolista de las minas de diamantes de África del Sur, se dejara engañar por un aventurero, un tal Henri Lemoine, que le hizo creer posible la fabricación de diamantes: el descubrimiento podía generar un negocio tan sustancioso que cegó a Julius Wernher, el presidente de la De Beers, y pagó sin el menor recelo diez mil libras a Lemoine, y aportó un millón de libras para financiar la construcción de la fábrica donde se harían esos cristales de mil brillos. Todo resultó falso, hasta la fábrica; y el sobre sellado que custodiaba un banco londinense, una vez abierto apenas decía otra cosa que: «Es muy difícil fabricar diamantes. De todos modos pueden probar cristalizando el carbono que deberán someter al calor y a

la presión requeridas». La extorsión fue denunciada y Lemoine, condenado a seis años de cárcel y liberado enseguida por buena conducta, desapareció rumbo a América del Sur. Sobre este hecho histórico Proust va a poner a prueba sus dotes de mimetismo: según sus amigos de juventud, era especialista en imitar tanto la voz como los gestos de escritores y personajes conocidos: el caso Lemoine le daba la oportunidad de ejercitar literariamente esas dotes, que ya había practicado, imitando, entre otros, a Flaubert a través de los dos personajes que protagonizan la novela póstuma del autor de *L'Éducation sentimentale* («Mundanía y melomanía de Bouvard y Pécuchet», 1893), o a Saint-Simon en la descripción de una fiesta en el nuevo domicilio de Robert de Montesquiou («Fête chez Montesquiou à Neuilly»), bautizado por el poeta-dandy como el Palacio de las Musas. El género del pastiche lo había puesto de moda el periodista y profuso narrador Paul Reboux (1877-1963) —en colaboración con Charles Muller (1877-1914) hasta el fallecimiento de este en combate durante la primera guerra mundial— con series de imitación de escritores clásicos y contemporáneos bajo el título: *À la manière de...*^{*}, pero el pastiche de Reboux es paródico y crítico con los escritores que imita, a diferencia de Proust, que rinde homenaje estilístico a autores que aprecia; escribió y publicó nueve artículos que comenzó a redactar a partir del estilo y las formas gramaticales de grandes escritores como, entre otros, Balzac, Flaubert, Sainte-Beuve y el duque de Saint-Simon, el gran memorialista del siglo XVII, y el mejor estilo de escritura en francés para Proust. Imitaciones de otros autores quedarán inconclusos y no aparecerán en *Pastiches et Mélanges*: Chateaubriand, Michelet, Maeterlinck, Mme. de Sévigné, Mallarmé, los Goncourt, Jean Cocteau, Wag-

* Llegó a hacer un pastiche de Proust: «Un mot à la hâte».

ner, e incluso una adaptación literaria de los frescos de Giotto representando el caso Lemoine.

La afición de Proust por el pastiche no se limitará a ese ciclo de artículos, alcanza incluso a su novela mayor en pasajes como, por ejemplo, el que pone en boca de Albertine imitando el lenguaje del Narrador: «Me dijo (y a pesar de todo me conmovió profundamente porque pensé: “Desde luego, yo no hablaría como ella, pero, en el fondo, sin mí no hablaría así, ha sufrido profundamente mi influencia, y por lo tanto no puede no amarme, es obra mía”»). «Lo que me gusta en esos alimentos pregonados es que algo oído, como una rapsodia, cambia de naturaleza en la mesa y se dirige a mi paladar. En cuanto a los helados (porque espero que solo los encargue en esos moldes pasados de moda que tienen todas las formas arquitectónicas imaginables), cada vez que los tomo, templos, iglesias, obeliscos, rocas, es como una geografía pintoresca que primero contemplo para luego convertir los monumentos de frambuesa o de vainilla en frescor en mi gaznate». (*BTP*, III, pág. 106).

Y es solo un ejemplo en esta novela.

Pastiches et Mélanges se publicó en 1919 a instancias de su editor Gallimard para recoger ese *Caso Lemoine* y trabajos del periodo ruskinianos (*Mélanges*); en esa miscelánea son claves, sobre todo, *Días de lectura* y *Sentiments filiaux d'un parricide*, artículo sobre un caso real de asesinato de la madre en un ataque de locura homicida por parte de un individuo, que a continuación se suicida; Proust va a tratar el asunto con acentos de los parricidas griegos clásicos, Edipo, Ayante, Orestes, e incluso del Lear shakespeariano; escrito de una tirada en una noche, añadió en pruebas un final que para el escritor era imprescindible, pero que *Le Figaro*, a pesar de las instancias de Proust, eliminó porque «constituía un elogio del parricidio». Redactado en enero de 1907, era la primera publicación de Proust desde